

AQUELLOS OJOS VERDES

(A ese corazón fugitivo de Chiapas)

Tal vez, porque supe de tu saludo al Frente Homosexual de Cataluña, donde una loca amiga recortó tu mirada de pasamontañas para pegarla en el telón blanco de su amor revolucionario. Quizás fue por eso, porque nunca tuvimos un Che Guevara propio, ni estrellas rojas en el amanecer nublado en Cuba. Y la montaña sandinista nos resultó demasiado empinada para el delicado aguante mariposa. Quizás, porque los héroes del marxismo macho "nunca nos tuvieron paciencia", y prefirieron bailar solos, ideológicamente solos, la ranchera baleada de su despedida.

Por eso, querido Marcos, en esta esquina de la modernidad donde casi no quedan estatuas que apunten al cielo con su puño cerrado. En este vértice del siglo, donde se venden las causas minoritarias en un revoltijo de plumas, condones y sostenes feministas. Ahora que tu México indio y pobre llega a Chile con peluca rubia de cambalache. Como si fuera una piñata Nafta que trafica Televisa repartiendo imágenes de Acapulcos coloridos y mariachis tecno. La postal cuate, donde la vida se empaqueta en teleseries gritonas y festivales de bikinis. La Mexicomanía que consume el neoliberalismo chilensis hartándose de tacos y enchiladas. Los mismos siúticos que ayer odiaban el chulerío picante de tu marimba azteca. La nueva clase pirula que saca pasajes para tostarse en Cancún, buscando un México ligh sin problemas sociales ni revueltas del pasado. Menos esas guerrillas que

ahuyentan la inversión extranjera, ni esos pequeños sueños de justicia que la modernidad etiqueta de nostalgia. Porque el tercer mundo se totaliza capital, y su luz metálica apenas eclipsa el fuego verde de tus ojos.

Entonces, subcomandante, empuñas la treinta treinta y se levanta contigo el indiaje zapatista. Así fuera ayer la rebelión tizna de pólvora la pantalla del noticiario, y la foresta de Chiapas es el nuevo pulso que despierta en un alboroto de pájaros. Sólo que no es ayer, y los pájaros son helicópteros que zumban fatídicos por tu cabeza. No es ayer, lo repiten los ultimátums oficiales. Porque los Villas y Zapatas yacen pegados a los murales que fotografían los turistas. Pero igual sigues desafiando corajudo al Nuevo Orden. Igual sigues inventándole personajes a tu perseguido anonimato. Por ahí declaras que fuiste travesti en Barcelona, traficante en Times Square, y pirata aéreo en El Cairo. Que nunca nadie dio con tu verdadero rostro, porque la revolución no debe tener un rostro. Es un imaginario posible, un paisaje que se completa con el rostro amado, soñaba Gilles Deleuze.

Sólo conocemos vestigios de selva que enmarcan tu mirada, sólo eso dejas ver. Y ese color turquesa entre las pupilas azabaches, lo tildan de intruso agitador. Pero tú ríes diciendo que son lentes de contacto. Más bien tus ojos se burlan del ojo mayor, tratando de identificarte en su rompecabezas de fichaje. Tus ojos se mofan de la vigilancia y su stock de narices, orejas y bocas que tratan de encajar en la calavera prófuga, en la calavera camuflada que requiere un rostro para el castigo. Porque el poder necesita un

rostro para clavetear tu foto-
recompensa. El poder te viste de caras
para proclamar tu ansiada captura. Por
eso el empadronamiento mexicano
improvisa una máscara y la reparte al
mundo por Televisa, tranquilizando a
los socios del Nafta. Enfatizando que la
rebelión está controlada y ese tal
Marcos está plenamente identificado. Y
tú, escondido quién sabe dónde,
contestas que no eres tan feo, que se
guarden ese Frankenstein para sus
pesadillas.

Pareciera que el corazón de Chiapas
pende de un hilo, acorralado por el
blindaje. Mientras tanto, mi amiga loca
de Barcelona retrasa su reloj, suspende
la hora del noticiario, porque no quiere
conocer tus ojos sin pasamontañas. No
quiere ver la pendiente suave de tu
mejilla, ni la lija de tu barba a medio
crecer por los días y días acosado por
los perros del ejército mexicano.
Escondido, cansado, travestido de india
o caminante que no duerme, que no
puede pegar el sueño y sueña
despierto. Y los bellos ojos irritados por
el polvo aún chispean esmeraldas en
los humos del emplumado amanecer.

NOTA:

Marcos recibió este texto en Chiapas, y
le gustó mucho. Pero solamente un
detalle le causó gracia; él dijo que no
tenía los ojos verdes.

(De *Loco afán. Crónicas de sidario*,
1996) Pedro Lemebel.